

CAPITULO VIII.

Proposiciones.

Hemos dicho que al alejarse el señor Landeta en busca de Leopoldo, se quedaron esperándole dentro del coche Clotilde y la hermosa Inés.

Dijimos tambien que cuando estaban entregadas á risueñas reflexiones sugeridas por la buena disposicion que D. Emilio manifestaba al jóven pintor, se presentó en la portezuela del coche un hombre que hizo palidecer á Clotilde y estremecer á Inés.

Aquel hombre era Duval que habiendo conocido el carruaje de D. Emilio, y haber visto alejarse á éste, trató de tocar un medio que pudiera favorecer sus miras.

—No hay que asustarse:—dijo viendo la sorpresa que habia causado su presencia:— con verdadero pesar advierto lo poco lisonjera que les es á vdes. mi visita.

—No debe vd. estar muy persuadido de ello, cuando se toma la molestia de hacerla;—objetó Inés con entereza;—pues lo contrario equivaldria á confesar que se complacia vd. en causar disgusto á determinadas personas, cosa por cierto que no le conquistaria á vd. en la sociedad el título de galante y de urbano.

—Y sin embargo, hay veces que, por sensible que le sea al hombre renunciar á la lisonjera calificacion de atento, sacrifica su amor propio en aras del deber que le impulsa á prestar un servicio á las mismas personas que tienen formado de él un desfavorable concepto.

—No hay regla sin excepcion.

—Y yo precisamente soy en este momento esa excepcion.

—¡Usted....!

—Sin duda.

—¿Es decir que el objeto de esta visita

reconoce un rasgo de generosidad hácia nosotras?—dijo sonriendo y con acento irónico Inés:—¡Oh! ¡le debemos estar á vd. muy agradecidas!

—Vd., señorita;—contestó Duval sin concertarse por el tono burlesco de la hermosa—está en el derecho de poder dudar de la sinceridad de mis palabras; y sin embargo, nada es mas cierto que el deseo que me anima en prestarles un servicio importante, siempre que antes se dignen manifestarse menos severas que lo que hasta hoy han sido conmigo.

—¡Ah! ¡hay una condicion?—volvió á decir en el mismo tono irónico la hermosa Inés:—Ya me parecia á mí que la generosidad de vd. habia de tener alguna condicion.

—Señorita, bien se puede asociar á mi bien particular el bien mismo de vdes.

—Crea vd. que dudo mas de la posibilidad de ese amalgama ó consorcio, que de la union del agua y el aceite, de la luz y de las tinieblas.

—Y sin embargo, nuestras disonas ideas

no reconocen mas origen que mi amor, mi adhesion, mi inestinguible cariño hácia Clotilde: es decir, que la estimacion y el cariño que agradecemos en los mismos animales, son, por una causa inconcebible, el elemento dísono de nuestros pensamientos.

—Es que el cariño de los animales—contestó Inés con acento firme—no es exigente hasta el grado de solicitar el daño de sus dueños, si de él resulta su bien particular.

—Comprendo toda la hiel que entraña esa contestacion: mi union con la mujer que amo la consideraria vd., lo mismo que ella, como la mayor desgracia que podria sobrevenirles; pues bien, hé aquí lo que yo tengo empeño en probar que es un error, que es una prevencion injusta contra mí, vindicando con mi leal conducta de tierno esposo, los sentimientos generosos calumniados.

—Permítame vd.—dijo Inés tratando de poner fin á aquel molesto diálogo—que me tome la libertad de advertirle, señor Duval, que ni el sitio ni el momento son convenientes para tratar este asunto.

—Es que como cuantas veces tengo la honra de ir á casa de vd. con intento de hablar de él, se pretestan ocupaciones para dejarme políticamente, sin permitirme manifestar mis sentimientos, he aprovechado esta coyuntura para hacer mis últimas proposiciones.

El aire resuelto con que fueron pronunciadas estas últimas palabras, hicieron conocer á Inés lo difícil que seria hacer que se alejase aquel hombre que se habia propuesto atormentarlas. Sin embargo, juzgó que el tono duro y severo convenia para conseguirlo, mas que el blando y atento que habia usado hasta entonces, y convencida de ello, contestó con la mas alta dignidad.

—Le suplico á vd. se ahorre el trabajo de hacerlas y á nosotras la pena de oirlas, puesto que la resolucion de mi tierna protegida no depende mas que de la verdad ó de la falsía del contenido del manuscrito.

—Es que yo no puedo conformarme con la resolucion tomada por D. Emilio, en un momento en que mis enemigos consiguie-

ron suspender la ceremonia augusta que debia unirme para siempre á la mujer que amo: no se me oculta que se pondrán en juego todos los medios, y se moverán todos los resortes que dea el triunfo á mi odioso rival, y por lo mismo, antes de que con mi condescendencia contribuya yo mismo á mi derrota, vengo resuelto á conseguir el bien supremo á que aspiro, ó á romper todas las consideraciones con que he alcanzado hasta ahora atajar los avances de la murmuracion con que el público empezaba á herirla á vd. sin piedad.

—Esas murmuraciones—dijo Inés poniéndose pálida como un cadáver—no son mas que infames calumnias que no alcanzarán otra acogida que el desprecio de las personas sensatas.

—Las personas sensatas, señorita, suspenden su juicio mientras las apariencias no son vehementes; pero cuando éstas han cobrado todo el aspecto y colorido de la realidad....

Y Duval fijó los ojos con refinada mali-

cia en su interlocutora para ver el efecto que producian sus palabras.

—Y bien—contestó con resolucion Inés leyendo la intencion de su contrario—cuando eso suceda, cuando el encono y la venganza de un infame atraigan sobre mí el desprecio de la sociedad, cuando todos me señalen con el dedo como á indigna de las consideraciones á que he procurado hacerme siempre acreedora, entonces me cabrá el consuelo de haber salvado de las garras de un vil, á un ángel de candor y de inocencia, á mi tierna protegida.

—¡Protegida...!—Dijo con acento irónico Duval.—¿Por qué no dar á las cosas su verdadero nombre?

—¿Veis como sois vos el verdadero infame?—Exclamó altamente ofendida la hermosa Inés.

—Si la ingenuidad y el decir lo que uno piensa ha de ser calificado de infamia—contestó con la mayor calma y sonriendo Duval—prefiero ese título al de virtuoso, alcanzado por actos hipócritas.

Inés le dirigió una mirada de desprecio,

sus miembros se estremecieron de indignacion, y el carmin del rubor coloreó sus mejillas.

—¡Madre mia, madre mia!—Dijo Clotilde al notar la mutacion operada en el semblante de su bienhechora:—no dé vd. crédito ni valor á las palabras del señor Duval: la virtud y el buen nombre de vd. están á una altura á que no puede llegar la calumnia de unos miserables. Y vd., señor Duval—añadió dirijiéndose á éste con dignidad—vd. que no puede conocer los delicados sentimientos de pudor y de virtud que atesora el alma de la mujer; vd. que desconoce, ó que atropella por lo menos las finas consideraciones que la educacion y la urbanidad imponen al hombre cuando se dirige á nuestro sexo; vd. no debe olvidar desde ahora mi inmutable resolucion en las palabras que voy á emitir: “nunca seré del hombre que ha dudado de la honra de mi protectora, de la mujer mas noble del mundo, de la leal amiga por quien daria gustosa la vida.”

Inés la estrechó contra su corazon con

la efusion mas profunda de gratitud y de amor.

Duval se mordió los labios dominado por la ira; pero haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dominó sus feroces instintos, y contestó con aparente tranquilidad:

—Amo á vd., y por lo mismo no puedo aplaudir esa resolucion. Yo no he tratado de ofender á nadie; y si lo he hecho involuntariamente, desde ahora retiro las palabras que se hayan juzgado ofensivas. Mi intencion es mas noble de lo que á primera vista parece. Escuchadme, señorita Inés: de la admision de mi oferta resulta el triunfo de la virtud de vd. empañada por lenguas maldicientes, mi felicidad y la dicha de la hermosa Clotilde para la cual y para vd. son desde ahora mis exorbitantes riquezas.

—Aun cuando me propusieran todos los tesoros de la tierra—exclamó la hermosa Inés con voz firme—yo no mezelo la honrada sangre de mis venas, ya que vd. sospecha que es mi hija, con la inícuca de un malvado. No es la hija de mi alma, vil mercan-

cia que la vendo por ningun precio del mundo.

Duval que no conocia ninguna de las virtudes que colocan al hombre en otra atmósfera pura, donde la ambicion no penetra, donde los bienes materiales se posponen á los espirituales, haciendo del mortal un sér verdaderamente libre, pues tanto mas independiente es el hombre cuanto mas se aleja de las innobles pasiones que avasallan á la humanidad; Duval, cuyo Dios era el oro, y los goces carnales el ídolo á quien rendia ciego culto, quedó asombrado con la inesperada respuesta de la hermosa.

—¿Es decir—exclamó mal disimulando su ira—que me desprecia vd., que me cree indigno de la mano de su hija?

—Negarla, no es calificar á vd. de poco merecedor.

—Pues bien, voy á hacerle á vd. comprender la nueva desgracia que, á no acceder á mi solicitud, le espera.

Inés y Clotilde palidecieron: Duval advertido de ello, y halagado aún con una esperanza, continuó:

—Leopoldo, su protegido de vd. conspira.

Inés se puso cadavérica, y Clotilde arrojó una exclamacion de dolor.

—¿Será posible?

Pronunció Inés dejando ver en sus negros ojos el espanto y el temor.

—En este mismo instante debe encontrarse en poder de los agentes de policia que rodeaban la casa en que se reunian los conspiradores. Voy á hacer, pues, mi última proposicion; su libertad, que estoy seguro de conseguirla, por la mano de Clotilde.

—¡Dios mio, Dios mio!—Exclamó Clotilde afligida.

Duval esperó un momento; pero viendo que no alcanzaba respuesta, preguntó con aire amenazador:

—¿Desprecia vd. mi proposicion?

—La desprecio.—Exclamó la jóven con resolucion.

Inés la abrazó tiernamente.

Duval hizo un gesto de indignacion, dirigió una severa mirada á su víctima, y dijo al retirarse:

—¡Adios! Vine á salvar á vdes., y han querido perecer; la culpa es de vdes. Solo me resta advertir, que guarden un profundo silencio con D. Emilio de cuanto ha pasado, porque me vengaria en Leopoldo de la desobediencia de vdes.

Y se alejó, dirijiéndose hácia la casa en que debian estar reunidos los conjurados.

Inés y Clotilde quedaron sobrecogidas de espanto.

La tardanza de D. Emilio les tenia inquietas.

¿Habia encontrado á Leopoldo?

Esta incertidumbre era terrible para las dos hermosas.

¿Qué era entre tanto de Leopoldo?

¿Habia asistido á la reunion?

¿Habia caído en poder de la policia?